



Señor, da la paz a los que esperan en ti". Hermosas palabras, que se hacen petición confiada, las que en este domingo vigésimo cuarto abren la celebración eucarística.

Ordinariamente se toman del libro de los salmos, autentica escuela en la que se enseña orar. El Salterio es un libro que nace de la experiencia de la vida. En ella se descubre, en clave de sorpresa, que Dios se hace el enconradizo en todas nuestras situaciones, por difíciles que estas sean, mostrando su bondad y grandeza. Esto hace que recurramos a él en nuestras necesidades, como así se recoge en este precioso libro en clave de plegaria.

En esta ocasión, la antífona de entrada está tomada del libro del Eclesiástico. Es toda una fuente de sabiduría la que encierra. En él se muestra el camino para encontrar la dicha; el modo de alcanzarla es ser cada día más amigos de Dios y lo que se pide, en esta ocasión, es la paz; don precioso de la Pascua y que Jesús, como fruto de su triunfo, nos dejó en herencia.

Necesitamos esta serenidad interior para poder *"servirte de todo corazón"*; es la segunda petición que se hace en la oración colecta de este día y que, parecer, es obra del Papa Vigilio (+555). Está recogida en un antiguo libro, en el que se encuentran una serie de

formularios de oraciones para la celebración de la misa.

"Los que esperan en ti" se dirigen a Dios en este día y le piden: *"Míranos"*. Un imperativo castellano que traduce el término latino *"réspice"*. Es una súplica, clara y categórica, que nos lleva a recordar, en preciosa afirmación de san Juan de la Cruz, que *"el mirar de Dios es amar"*.

Necesitamos que esta mirada nos envuelva porque, de este modo, podremos *"servirte de todo corazón"* que es la segunda petición de la mencionada oración colecta.

Le serviremos de todo corazón, cuando tengamos muy presente lo que se nos dice en la lectura primera: ***"Rencor e ira son detestables"***. Necesitamos meditar mucho en esta afirmación que viene del cielo, y que siempre nos viene como anillo al dedo, puesto que fácilmente echan raíces en el corazón. Demasiada ira y rencor forman parte de nuestro diario vivir.



Meditar la ley de Dios es la tarea diaria del bautizado porque, en este quehacer, siempre encontrará una fuente para poder vivir con maestría.

Quien medita la ley del Señor día y noche comprende que el rencor mata, y que la venganza nos enfrenta a Dios, y... con unos sentimientos así ¿quién podrá mantenerse en Su presencia?.

Saber moderar los impulsos de rabia e impaciencia es todo un arte, que se va adquiriendo cuando nos dejamos orientar por estos "cuatro puntos cardinales":

1º **Comprensión.**

2º **Paciencia.**

3º **Intercesión.**

4º **Hacer del vivir una escuela** en la que se aprende a ser tolerante y compasivo, como así se celebra en el salmo responsorial sobre el proceder de Dios, que *"no está siempre acusando, ni guarda rencor perpetuo"*.

"Piensa en tu final", nos dice el sabio de la lectura primera, y *deja de odiar* porque, de esta manera, no caeremos *"en la estupidez de ser vengativo e intolerante"*.

Es el consejo de quien ha meditado mucho y conoce los caminos de Dios, por eso el Señor nos invita, en el día de hoy, a poner siempre en práctica un generoso perdón antes de que el día concluya puesto que, de otro modo, el rencor terminará convirtiéndose para nosotros en la peor cárcel.

Necesitamos que *"el fruto del don del cielo"*, como pedimos en la oración para después de la comunión, penetre en todo nuestro ser; de este modo no estaremos a merced de nuestros sentimientos, que son tan volubles, sino del efecto de ese precioso fruto que se recibe: el amor fraterno.





Un salmo para rumiar

Sal 102, 1- 3-4. 9-10. 11-12

Bendice, alma mía al Señor,
y todo mi ser a su santo nombre.
Bendice, alma mía, al Señor,
y no olvides sus beneficios.

**El perdona todas tus culpas
y cura todas tus enfermedades;
él rescata tu vida de la fosa
y te colma de gracia y de ternura.
No está siempre acusando,
ni guarda rencor perpetuo.
No nos trata como merecen nuestros pecados,
ni nos paga según nuestras culpas.
Como se levanta el cielo sobre la tierra,
se levanta su bondad sobre los que lo temen;
como dista el oriente del ocaso,
así aleja de nosotros nuestros delitos.**

El Salmo 102 (103) pertenece al cuarto libro de los cinco en los que se divide el Salterio. Al igual que el que le sigue, es un soliloquio que el orante lleva a cabo en la intimidad del corazón. Allí se auto-invita a alabar y bendecir al Señor por su misericordia; un signo de la ternura materna de Dios con cada creyente, y hacia toda la creación.

El orante se exhorta a bendecir al Señor por

los beneficios que continuamente de Él recibe.

Desea alabarle con "*todo mi ser*"; es decir: como si cada parte del cuerpo tuviera su propia comprensión y voz. Significa que Dios es más íntimo con nosotros que nosotros mismos (san Agustín). Nada está tan lejos de Él que no pueda alabarle.

¿Por qué bendecirle? Porque perdona, sana, redime, corona de misericordia y compasión, satisface y renueva.

También encontramos la imagen del águila (v. 5) como en Isaías 40,31. A medida que las plumas cambian, ésta parece más joven. Así, en las manos de Dios, somos renovados por una bienaventuranza que no conoce fin.

Es por tanto, esta plegaria, la alabanza que se hace a la delicadeza de Dios: una manera de proceder que oscila entre la compasión, la entrega y siempre cuajada de calor, cercanía con una fuerza, no pequeña, de benevolencia.

En las raíces de la benevolencia siempre descubrimos fragilidad hacia quien se dirige y ésta, conocida y asumida, se apoya y alimenta de la fuente de bondad que es Dios.

Los capítulos 40-55 del profeta Isaías son una manifestación de un mimo desbordante: los montes pueden tambalearse, los cerros irse al fondo del mar, pero el Altísimo siempre estará a nuestro lado (Is 54,10).



En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo

**Domingo XXIV
tiempo "per annum" "A"**



**Un texto para guardar
en la memoria del corazón**

Rencor e ira también son detestables, el pecador los posee. El vengativo sufrirá la venganza del Señor, que llevará cuenta exacta de sus pecados.

Perdona la ofensa a tu prójimo y, cuando reces, tus pecados te serán perdonados. Si un ser humano alimenta la ira contra otro, ¿cómo puede esperar la curación del Señor? Si no se compadece de su semejante, ¿cómo pide perdón por sus propios pecados? Si él, simple mortal, guarda rencor, ¿quién perdonará sus pecados?

Piensa en tu final y deja de odiar, acuérdate de la corrupción y de la muerte y sé fiel a los mandamientos.